



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9957

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 pes.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

JUEVES 10 DE ENERO DE 1895

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letra de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

ACADEMIA ESPECIAL DE COMERCIO

DIRIGIDA POR

D. Gabriel Galván y D. Ricardo Goicuria

INTERVENTOR Y CAJERO DEL BANCO DE ESPAÑA

Continúa abierta la matrícula para la enseñanza de asignaturas sueltas y las preparaciones especiales para ingreso en el Banco de España y en el Cuerpo de Contabilidad del Estado.

CALLE DEL DUQUE, 1 y 3, 2.º

Horas de 8 a 11 de la mañana y de 4 a 6 de la tarde.

LA RESERVA MUTUA DE LOS ESTADOS-UNIDOS

ha pagado recientemente a españoles los siniestros siguientes:

Pesetas 25.000.	Doña Mercedes G. Martínez.—San José (Cuba).
5.000.	Don Francisco Díez y Díez.—Habana.
3.000.	Don Miguel Vázquez Tejado.—Alcázar de San Juan.
25.000.	Don Joaquín Miranda de Olaz.—Madrid.
25.000.	Don Eusebio García Saenz.—Madrid.
5.000.	Don Venancio Alonso Revuelta.—Habana.
5.000.	Don Serafín Sánchez.—Brooklyn.
30.000.	Don Laureano Calderón.—Madrid.
12.000.	Don Manuel Tejerina.—Barcelona.
50.000.	Don Mariano Zúñiga.—Mazatlán (México).

71.250 L. PESETAS 325,500

El seguro a la breve el sin. tro del Excmo. Sr. Marqués de San Mar. en Utrera por pesetas 100.000.

El UNIPAL diario se pueden tener MIL DÜROS asegurados en esta edición y por CINCO CENTIMOS, MIL PESETAS.

El Sr. don A. Cartagena el Inspector don Juan Romo, quien facilitará cuantos datos se piden, Ponda Francesa.

JOSE GUERRA

Material completo para minas, obras públicas, agricultura y construcción

Motores a vapor, gas y petróleo. Cables planos y redondos de acero, alambres y cañamo.—Herramientas de todas clases.—Gomas y empaquetaduras.—Vías férreas y wagones.—Arados, prensas, bombas.—Cemento catalán.—Viguetas de hierro.—Tuberías é inodoros.—Papel y relieves para el decorado de habitaciones.—Básculas y Romanas.—Cajas de caudales.

Se remiten por y dibujos a quien los solicite.

¡Pepe mío!

Desengañese usted, Evangelina. Es necesario pensar en el porvenir... usted es muy joven... casi niña, sin más amparo que su candor y su inocencia que, en la batalla de la vida pocas veces se conservan ilenos, sobre todo cuando tienen por baluarte unos ojos azules y una boca que pide amores; sé

may bien lo que V. merece, joyas, carruajes, palacios fantásticos, todo; pero estoy convencido, la felicidad no siempre se encuentra en la opulencia. Yo la ofrezco una vida sin privaciones y un amor inmenso. Evangelina, ¿quiere usted ser mi mujer?

Esta conversación, ó mejor, este monólogo, tenía lugar entre un caballero como de unos cuarenta años y una preciosa muchacha de diez y siete, en un gabinete de confianza de la señora de X., en cuya santuosa morada se reunían algunas intimas, los jueves por la tarde, para charlar un rato.

Evangelina era una mujer verdaderamente encantadora; caprichosos rizos de cabello rubio orlaban su linda cabecita y en sus ojos, rodeados de penumbras deliciosas, libraban breve batalla las tristezas presentes con los esplendores pasados... pero la juventud, la vida, triunfaban siempre y Evangelina aparecía resplandeciente de belleza, sin sombras, sin crepúsculos, modelada en madera de vírgenes.

Pepe Alvarez estaba perdidamente enamorado de Evangelina. Había sin afectación, tiene modales distinguidos y una bonita renta anual. Y a pesar de sus cuarenta años, no es aventurado suponerle en condiciones de hacer la felicidad de cualquiera muchacha, presuntuosa, pues no en valde, Pepe Alvarez gozaba de los prestigios que le había proporcionado el éxito de difícilísimas aventuras galantes.

Y Evangelina le escuchaba avergonzada, mirando al suelo... y suspiraba, suspiraba mucho... mientras los diminutos dedos de su mano, mariposeaban juguetones entre los pliegues caprichosos de la falda de seda.

II.

Han pasado dos meses. Evangelina es la señora de Alvarez.

Los recién casados han hecho su nido en un elegante entresuelo del aristocrático barrio de Recoletos.

El *hudoir* de Evangelina es una verdadera monada. Acuarelas, oleos de Sorolla y Carbonero, miniaturas, porcelanas, bronceos... El arte en todo su esplendor, perfumes de juventud y primavera que reverdecen con la presencia de la dueña de la casa.

Alvarez está más enamorado que nunca de su Evangelina que, a pesar de su nuevo estado, no ha conseguido disipar la timidez de otras veces: si Pepe, por las noches, roza ligeramente el oído de Evangelina para preguntarle á qué teatro quiere ir, ésta se retira avergonzada, y un subido carmín invade sus mejillas; si en las noches de frío, sentadas delante de la chimenea, busca Pepe las manos de su mujercita para enlazarlas con las suyas, ella las retira nerviosamente y suspira, suspira mucho. ¡Qué suspiro más triste el de Evangelina!

Y cuidado que es un verdadero paraíso el hogar de aquel matrimonio!

Cierto que Evangelina no se mostraba con su esposo todo lo vehementemente que éste hubiera deseado; pero era tan hermosa y tan joven... Y Pepe Alvarez lo abandonaba todo por su *muñequita*, hasta su pasión favorita, su gran pasión, la caza.

—¿Qué tienes, nena mía? ¿Eres feliz con tu marido...? Y así se pasaban las horas y los días y los meses sin que la más ligera nube viniera á empañar el limpio cielo de los enamorados esposos.

III.

—Eso no será nada, Evangelina... frío quizás... ven, acuéstate, que yo velaré tu sueño. Y Pepe Alvarez apasionado y complaciente bajaba el finísimo embozo de la sábana de batista con las iniciales enlazadas.

Le fue imposible conciliar el sueño.

Se había indispuerto la compa-

ñera de su vida, y era de verle febril, examinando minuciosamente la respiración de Evangelina con angustias en el alma y penumbras en los ojos...

Evangelina descansaba y Pepe la contemplaba más enamorado que nunca y de puntillas; contentiendo la respiración, depositó un amantísimo beso en los labios de su mujercita, en aquellos labios, pinclada de carmín en paleta de nacar.

—¡Pepe mío!—dijo Evangelina con voz dulcísima...

—¿Me llamas? Evangelina continuaba dormida. ¿Sofaba?

IV.

—Te aseguro que anoche pasé el rato más delicioso de mi vida y hubo momento en que di por bien empleada tu indisposición. Sofabas, sí, sofabas conmigo y tus labios pronunciaron mi nombre...

—¡Pepe mío!—contestó maquinalmente Evangelina.

—Harás que me enfado contigo vamos, no seas uña. ¿qué sofabas? ¿Por qué no has de ser más explícito? ¿Por qué las manifestaciones de tu alma han de quedar envueltas en el misterio de un sueño? ¿No me quieres? ¿Pues á qué esa reserva, Evangelina?

—Es verdad, no he debido ocultártelo... Sueño todas las noches y veo realizadas mis ilusiones en un hermosísimo niño; si Pepe, quiero un niño, un niño que complete nuestros amores... un niño rubio como los ángeles.

—¿Entonces...? —¿No serías feliz con un chiquitín...?

—¡Con qué cariño, con qué entusiasmo le llamaríamos...!

—¡Pepe mío!—prorrumpieron los enamorados esposos.

V.

—¿Loca...? —Sí, una carta de Almodáriz...

EL HILO DEL DESTINO.

191

preguntó Julia con viveza.—Yo nada he dicho, y me parece—agregó con una sonrisa burlona—que el silencio del señor de Angella no puede ser más edificante.

Pablo se sonrojó como una muchacha; pero tuvo aun bastante generosidad para seguir en su silencio.

—Señora—contestó Felipe—me pareció notar en usted algo, que no he tenido aun bastante tiempo para calificar, que mi instinto me dijo era falta de voluntad de oír la expresión del señor; y en él cierta oposición á expresarla, que no me parece he interpretado mal, y que ciertamente no merece otra interpretación que la que ya le he dado.

—Pues se ha equivocado usted solemnemente,—exclamó el irreflexivo Astorga, sin agregar una frase más que sirviera para iluminar al que dirigía esas palabras, y sin saber él mismo su verdadero valor.

Sirvieron para confundir á Molina; para mortificarlo, para eticarlo.

¿Estarían en connivencia su amante y el artista? Sería esta misteriosa oposición de parte del pintor á emitir su opinión, sencillamente causada, por que su conciencia alarmada le decía disimular ante el orgulloso pretendiente, su amor hacia la dama que Felipe también pretendiera?

190 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

—Gracias, señor de Molina—contestó el sencillito Astorga.—Me alegro aplauda usted mi idea. Aun más la aplaudiría si conociera á Almodáriz. Sus oraciones, sus oraciones...

Felipe, temeroso de que se extendiera demasiado el tiempo para esplayarse sobre las perfecciones de su caballo favorito, lo interrumpió en su oración, y se dirigió al pintor.

—Señor de Angella, dijo, ya habrá usted, como yo, escuchado las excelentes ideas del señor, y del señor, dijo, señalando á los ya despatchados, respecto al asunto de que se trata, y puesto que la litigante quiere verme convertido en juez, haciendo uso de mis derechos, le interpele á usted ahora, y le suplico me diga sin preámbulos, cuál es su opinión sobre la cuestión promovida.

Julia se agitó en su butaca, hizo ademán de ir á tomar la palabra, volvió á hacer el mismo ademán, y volvió otra vez á arrepentirse.

Felipe notando estas señales de agitación, é igualmente observando en Angella cierta confusión ó falta de deseo de cumplir con los suyos, se dirigió á la señora de la casa.

—Si usted, señora, quiere—dijo—eximir al señor de Angella, no debe tomar mi exigencia.

—¿Y por qué se le ha ocurrido semejante cosa?

EL HILO DEL DESTINO.

187

da, y no se le había por lo tanto escapado la faja mirada de Julia en el rostro del artista, ni como hemos visto; las pocas palabras que cruzaron, ni aun tampoco la última severa mirada que le lanzó, y que en vano quiso confundirle; y el amor propio de Felipe, algo picado al principio creyendo hallar en el pintor un favorecido rival, quedó completamente complacido y vengado al observar la ninguna impresión que en Angella hacían las artes de seducción de su Dulcinea.

Inspirado por este motivo, de una amabilidad seductora, especialmente hacia el sencillito pintor, á quien ya no temía, se dirigió á él con la mayor urbanidad:

—Usted me lisonja demasiado, señor de Angella, dándole un valor tan crecido á mi pobre opinión de ninguna valía puesta en competencia con la de todos estos señores, con la de usted, con la de esta señora en particular,—agregó inclinandose respetuosamente hacia Julia.

—Es que—contestó Julia, disimulando bajo una amabilidad excesiva, no voluntariamente gastada con Molina, la mortificación que le había causado la imperturbabilidad del pintor—juzgo en su propia causa no puede uno ser; y desuados todos estos señores, su opinión, repito lo que el señor de Angella ha dicho;